CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch **septiembre/octubre 2022**

Índice n° 5/2022

2	Los milagros del Señor Jesús	*W.W. Fereday*
6	Hijo unigénito y primogénito	*M. Wölfinger*
9	La comunión en el servicio	*J.A. Monard*
15	Las contrariedades	*J. Koechlin*
16	La curación de Naamán	*H. Bouter*

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 5 del n° 4/2022)

13. La mujer cananea

Mateo 15:21-28; Marcos 7:24-30

En Mateo 15 se nos revelan dos corazones: el corazón del hombre y el de Dios. En respuesta a las críticas de los fariseos a causa de que sus discípulos comían sin lavarse las manos, nuestro Señor les dijo que "no lo que entra en la boca contamina al hombre, mas lo que sale de la boca". Las palabras son la expresión de lo que hay en el corazón (v. 11, 18). Describen entonces el terrible cuadro del corazón humano. Según el juicio del Señor, este corazón está lleno de maldad e iniquidad.

Dejando a sus hipócritas oponentes, el Salvador se dirigió hacia la región de Tiro y Sidón. Poco tiempo antes, él había considerado estos lugares como especialmente endurecidos (11:21); ¿podría encontrar allí algún refrigerio para su espíritu? Pronto se le acercó una mujer cananea pidiéndole que expulsara de su hija a un demonio: "¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio". ¡Pero sus palabras denotaban un error! Siendo de una raza bajo maldición, y cuya permanencia en la tierra se debía únicamente al fracaso del pueblo de Dios en días de Josué que no habían expulsado a tales pueblos de la tierra, ¿qué podía ella esperar del "Hijo de David", sino una justa condenación? Al principio el Salvador no le respondió palabra. Pero cuando sus discípulos lo invitaron a despedirla, él le dijo: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". Tal era realmente su misión en aquel tiempo. Él era "siervo de la circuncisión… para confirmar las promesas hechas a los padres" (Romanos 15:8). En este cuadro los gentiles no podían hacer valer ningún derecho ni pedir nada de él. No obstante, la necesidad de esta mujer era tan grande que no se conformó con esta respuesta y le dijo, "¡Señor, socórreme!" Esta vez, dejó de lado el título judío de "Hijo de David", deseando simplemente la misericordia del Señor. Pero la obra en su corazón tenía que ser más profunda todavía, de manera que el Señor le respondió: "No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos". Esta palabra constituía una verdadera prueba. La mujer no se enojó ni se alejó, como lo había hecho Naamán otrora (véase 2 Reyes 5). Humildemente replicó: "Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos". ¡Respuesta admirable! La fe prevaleció. Aunque no pertenecía a Israel, pueblo elegido por Dios, ella confiaba en que el corazón de Dios

contenía reservas de bendición aun para las más pequeñas de sus criaturas. Y sin duda, Aquel cuyo eterno hogar está en el seno del Padre, no la contradijo en esto. Su extraña actitud con ella tenía el propósito de producir esta grande expresión de fe en ella. La aparente dureza del Salvador escondía un corazón lleno de ternura que anhelaba bendecir desde el momento en que ella tomó su verdadero lugar ante él. Podemos pensar que visitó aquella localidad por causa de ella; porque, habiendo sanado a su hija, retornó al lugar de donde había venido. Había visto la aflicción de esta madre desde lejos, aunque ella no lo sabía.

El secreto de la bendición es tomar un lugar humilde a los pies de Dios. Habiendo nacido de una raza arruinada, e individualmente culpables de muchos pecados, no tenemos ningún derecho ante Dios. Sólo merecemos el juicio. Pero aquel que humildemente se reconoce pecador e indigno, pronto aprenderá que el amor de Dios para él es tal que ha sacrificado a su propio Hijo unigénito para su bendición, y que, en virtud de esta muerte expiatoria, sus pecados e iniquidades nunca más serán recordados.

14. Los cuatro mil

Mateo 15:29-39; Marcos 8:1-9

La osada fe de la mujer cananea fue seguramente un refrigerio para el espíritu del Salvador, a menudo entristecido por la incredulidad de Israel, el pueblo que Dios había favorecido por tantos siglos. De igual manera él encuentra hoy su placer en la fe de los creyentes de todas las naciones, mientras que Israel permanece en su camino de alejamiento. No obstante, nunca nada podrá separar definitivamente a Dios de la descendencia de Abraham. Él los ama con eterno amor, y los dones y llamamiento de Dios son irrevocables (Romanos 11:29). Por tanto, volviendo de la región de Tiro y Sidón, nuevamente vemos al Señor en medio de Israel.

Sobre un monte en Galilea, mucha gente necesitada se le acercó. El tocarlo bastaba para sanar cada forma de enfermedad, y los libertados glorificaban al Dios de Israel. Después de tres días, el Salvador querría alimentar al pueblo, que estaba muy lejos de los lugares donde se podían conseguir los alimentos habituales. No hizo ninguna pregunta a sus discípulos para probarlos, como lo había hecho en la alimentación de los cinco mil. Simplemente les declaró su compasión por la multitud y su intención de proveer para su alimentación. Pero el corazón humano es muy olvidadizo cuando se trata de las bondades de Dios. Olvidando el milagro anterior, los discípulos expresaron sus dudas en cuanto a la posibilidad de encontrar tantos panes en el desierto para saciar a

una multitud tan grande. No obstante, tenían siete panes y unos pocos pececillos. Esta pequeña cantidad fue multiplicada en la mano del que todo lo puede.

En simple y sincera dependencia de Dios —porque el Hijo era verdaderamente un hombre— Jesús dio gracias públicamente por los alimentos. Y pronto esta pequeña cantidad alcanzó para suplir la necesidad de toda la multitud. Cuatro mil hombres fueron alimentados, sin contar mujeres y niños. Lo que sobró fue recogido, porque la abundancia no justificaba ningún derroche. Se llenaron siete grandes canastas, mientras que doce cestas sobraron de la primera alimentación. En las Escrituras, los números tienen un significado espiritual. Siete —dos veces repetido en esta narración— es el número de la perfección. Cuando Jesús abre su mano para remediar los dolores de los hombres, la bendición es perfecta, y esto, no solamente para las tribus de Israel, sino también para todo el mundo. Sin embargo, este feliz estado de cosas sobre la tierra no puede suceder hasta que venga del cielo otra vez. Su aparición en majestad será la brillante inauguración de un período lleno de paz y bendición, tal como el mundo nunca ha conocido.

Mientras tanto, de su corazón plenamente lleno de gracia y bondad, fluye libremente la misericordia divina para los individuos en todo lugar donde ellos sienten su necesidad. Aunque los sufrimientos del mundo no pueden ser acallados mientras el Salvador permanezca sentado a la diestra de Dios, todo individuo necesitado que se acerca a Él puede hoy recibir la bendición. Sobre la base de la perfecta justicia establecida por Su muerte y resurrección, cada alma puede tener el perdón y la sanidad espiritual. En el Salvador glorificado, un corazón sediento encuentra una plena satisfacción, algo que las cosas del mundo no pueden dar jamás.

15. El muchacho endemoniado

Mateo 17:14-21; Marcos 9:14-29; Lucas 9:37-43

Es un terrible hecho que este mundo está bajo el poder de Satanás, su príncipe (Juan 14:30). Lo vemos puesto de manifiesto cuando el Salvador descendió del monte después de su transfiguración. Él encontró una gran multitud reunida con sus discípulos y unos escribas que disputaban con ellos. En medio, un pobre muchacho endemoniado quien se revolcaba, echando espumarajos. Por falta de fe, los discípulos eran impotentes en presencia del poder del enemigo. No obstante habían recibido autoridad sobre los espíritus inmundos para echarlos fuera y para sanar toda enfermedad (Mateo 10:1).

El Señor habló con el padre del muchacho y éste le dijo que su hijo

sufría así desde niño. Es una figura de la raza humana en manos de Satanás desde los días del huerto del Edén. El pobre muchacho era sordomudo (Marcos 9:25), reflejando de este modo la condición espiritual de todos los descendientes de Adán. El hombre no regenerado no puede hablar de parte de Dios, ni escuchar sus mandamientos. Dios es para éste como si no existiera. El afligido muchacho estaba en constante peligro de perder su vida. Su padre dijo del espíritu inmundo que estaba dentro de él: "Muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle". De la misma manera cada pecador corre el peligro, no solamente de arruinar su vida temporal, sino también de perderla eternamente. El príncipe de este mundo que los hombres siguen es verdaderamente un cruel engañador. ¡Que todos los ojos estén abiertos a esto!

Decepcionado de los discípulos, que debiesen haber sido capaces de usar el poder que se encontraba en el nombre del Salvador, el padre, en su desesperación, se volvió al Señor mismo; sin embargo, no con una gran fe: "Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos" (v. 22). ¡Qué palabras dirigidas al Señor todopoderoso! ¡Aquel que creó el universo, y todo lo que está en él, ciertamente podía vencer el poder de Satanás, una mera criatura! Los demonios siempre reconocieron quien era Él; los hombres, sólo en escasas ocasiones.

Es el privilegio de los testigos de Cristo de proclamar ahora no solamente lo que él puede hacer, sino lo que hizo. Habiendo cumplido por su muerte la propiciación por el pecado, puede "pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos" (Lucas 4:18). Nadie necesita permanecer bajo el amargo yugo de Satanás; el victorioso Señor libertará para siempre a aquel que acude a él.

Al "si puedes" del padre, el Salvador respondió: "al que cree todo le es posible". Aquí tenemos el secreto de la bendición y la libertad en todo tiempo. No es el esfuerzo humano, sean resoluciones, oraciones, o religiosidad, sino la simple fe en el Hijo de Dios. El propósito del Evangelio es de abrir los ojos de los hombres, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban el perdón de pecados y herencia entre los santificados, por la fe en Cristo (Hechos 26:18).

Con lágrimas, el padre clamó: "Creo; ayuda mi incredulidad". Y entonces la bendición vino, y el muchacho fue libertado para siempre. Cada uno de los tres primeros evangelios registra este impactante incidente; Marcos, como es usual en él, con mayores detalles.

W.W. Fereday (Continuará)

Hijo unigénito y primogénito

Cuando consideramos las glorias del Señor Jesús, nos encontramos con los dos títulos particulares de "**unigénito**" y "**primogénito**".

El Hijo unigénito

El Nuevo Testamento contiene la expresión **Hijo** "**unigénito**" cinco veces, y esto siempre está en los escritos de Juan: cuatro veces en el evangelio (1:14, 18; 3:16, 18) y una vez en la primera epístola (4:9). Esto es muy comprensible, ya que este apóstol presenta al Señor sobre todo como el **Hijo de Dios**. El título de "Hijo unigénito" evoca su **divinidad eterna**, mientras que el de "primogénito" evoca su preeminencia sobre toda creación (Colosenses 1:15).

La expresión "Hijo unigénito" destaca la **unicidad** de su persona como Hijo de Dios. Como Hijo unigénito, sólo es él y no se le puede comparar con ningún otro. Por tanto, es una gloria personal del Señor Jesús que no puede relacionarse con ningún ser creado.

El primogénito

Como **primogénito**, en cambio, se considera al Señor Jesús en relación con todos los seres creados (Colosenses 1:15), es decir, con los hombres. Entró en esta relación por el hecho de que, a su debido tiempo, se convirtió en un **verdadero hombre**, sin ser él mismo una criatura. ¡El Hijo eterno se hizo hombre para que los hombres pudieran convertirse en hijos de Dios! Entre ellos es en un sentido especial el primogénito, pues son sus hermanos y sus coherederos: "Si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo" (Romanos 8:17). Por lo tanto, es "el primogénito entre muchos hermanos" (v. 29). Aquí su gloria brilla en relación con muchos otros "**hijos**", y tenemos el privilegio de ser uno de ellos. Su título de primogénito enfatiza aún más el lado oficial de su gloria, mientras que su gloria como Hijo unigénito es independiente de toda la creación.

El título de primogénito designa una posición y no un orden cronológico. Esto se evidencia claramente en el Salmo 89. Allí dice en cuanto a David, el menor de los hijos de Isaí: "Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra" (v. 27). ¡El privilegio del primogénito excede con mucho lo que se le atribuye ordinariamente, cuando encuentra su plena expresión en el hombre perfecto!

El privilegio de ser lo más elevado, que se expresa al presentar al Señor Jesús como el primogénito, también se menciona en cinco pasajes

del Nuevo Testamento, en varios contextos. Los consideraremos en detalle un poco más adelante.

Hijo unigénito y primogénito apareciendo juntos

En cada una de las dos expresiones resplandece algo de la gloria de Cristo, ya sea como Dios o como hombre. Y más aún cuando aparecen juntos en el mismo pasaje de la Escritura. Esto es lo que encontramos en el profeta Zacarías: "Mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por **hijo unigénito**, afligiéndose por él como quien se aflige por **el primogénito**" (Zacarías 12:10).

La **unión de la divinidad y la humanidad** en una sola persona se destaca particularmente en el evangelio de Juan. Es notable que esto sea así en este libro de la Escritura que presenta al Señor como el Hijo de Dios. Hay un equilibrio perfecto en la manifestación de Dios y del hombre en una sola persona.

Demos algunos ejemplos. Ya en el primer capítulo encontramos conjuntamente estos dos caracteres del Señor. El Verbo, que desde el principio es Dios mismo, es hecho carne y así revela, como hombre, la gloria del **Unigénito** del Padre (1:1, 14). En el capítulo 3, el Señor habla de sí mismo como del **Hijo del Hombre** (v. 13-14), e inmediatamente después, como el **unigénito Hijo** de Dios (v. 18). Asimismo, en el capítulo 5 (v. 27, 25).

En el capítulo 11, ante la tumba de Lázaro, el Señor se manifiesta como el **Hijo del Padre**, el único que puede dar vida (v. 27 y 41). Y en el capítulo 12, como el **Hijo del Hombre** a punto de dejar su propia vida, se presenta como el grano de trigo que caerá en la tierra y morirá para llevar mucho fruto (v. 23-24). El Salvador, como **Hijo del Hombre**, pone su vida (10:17) y, como **Hijo de Dios**, da vida eterna (17:1-2). El buen Pastor su vida da por las ovejas (10:11) y les da vida eterna (v. 28).

¡Magnífico equilibrio de la presentación de Su persona, como **Hijo unigénito** y **primogénito**, como Dios y como hombre, en todo el evangelio de Juan!

Cinco veces "el primogénito"

Este título de gloria del Señor Jesús se encuentra en cinco pasajes del Nuevo Testamento, pero sólo una vez en los escritos de Juan (Apocalipsis 1:5). En estos cinco pasajes vemos la preeminencia del Señor Jesús como hombre en cinco aspectos diferentes.

1) Es "el primogénito **de toda creación**" (Colosenses 1:15). Aquí su preeminencia tiene que ver con todas las cosas creadas, terrenales y celestiales, que salieron de sus manos. El Creador mismo ocupa, como hombre, el lugar más elevado en relación con toda su creación.

2) y 3) Las dos expresiones "primogénito **de los muertos**" (Apocalipsis 1: 5) y "primogénito **de entre los muertos**" (Colosenses 1:18) parecen muy similares; sin embargo, difieren notablemente entre sí. Como "primogénito **de** los muertos", Cristo tiene precedencia sobre todos los que han pasado por la muerte. Terminada su obra, nuestro Salvador permaneció en la muerte hasta el tercer día. Él puede decir: "Estuve muerto" (Apocalipsis 1:18). Sin embargo, el que estaba muerto también vivió (2:8). Y como "primogénito **de entre** los muertos", también tiene precedencia sobre todos los que serán resucitados **de entre** los muertos. En este sentido, sabemos que inclusive es, por orden cronológico, las "primicias de los que durmieron" (1 Corintios 15:20). Con su resurrección de entre los muertos, inaugura la primera resurrección.

Su grandeza como primogénito es particularmente evidente en que nació, murió y resucitó como hombre. Esto se evidencia en los títulos de "primogénito de toda creación", "primogénito de los muertos" y "primogénito de entre los muertos". Por esto, ¡qué humillación tuvo que sufrir el Hijo del Hombre!

Agreguemos un comentario adicional sobre los dos pasajes de Colosenses 1:15 y 18. Como "primogénito **de toda creación**" tiene el lugar más alto en la creación y, por lo tanto, es cabeza sobre todas las cosas (compárese con Efesios 1:22). Como "primogénito **de entre los muertos**", se convirtió en la cabeza del cuerpo, es decir, de la Iglesia. Estos dos caracteres del Señor Jesús como primogénito —en relación con toda la creación y la Iglesia— se encuentran unidos en Colosenses 1 y forman la base para el resto de este capítulo. Aquí encontramos la reconciliación realizada por Cristo con todas las cosas de la creación (v. 20), luego para los creyentes (v. 21-22). Asimismo, el ministerio del apóstol Pablo se relaciona con toda la creación, así como con la Iglesia. Es un ministro del Evangelio predicado en toda la creación (v. 23) y un ministro de la Iglesia (v. 24-25).

4) Luego encontramos: "Cuando introduce al Primogénito **en el mundo**" (Hebreos 1:6), un pasaje que evoca la entrada del Mesías en su glorioso reino. En el Milenio, tendrá el dominio supremo y ocupará visiblemente el lugar más alto de la tierra, el del primogénito. El Padre mismo le dará este honor.

5) Recordemos para terminar el pasaje en el que nos detuvimos al principio. Jesús también es llamado: "El primogénito **entre muchos hermanos**" (Romanos 8:29). ¡Pensamiento conmovedor! Somos, por así decirlo, el marco que resalta la gloria de nuestro Salvador.

¡Qué abundancia de gloria aparece ante nosotros cuando permitimos que estas verdades de la

Palabra de Dios actúen en nuestros corazones! ¡Sí, nuestro Salvador es infinitamente grande!

M. Wölfinger

La comunión en el servicio

Comunión práctica entre las iglesias

El libro de los Hechos nos presenta un cuadro refrescante de la Iglesia en sus comienzos. "La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma" (Hechos 4:32). Sin embargo, debe recordarse que los primeros cristianos —en su mayoría de origen judío— encontraron difícil darse cuenta de que su posición en Cristo los había liberado de la esclavitud de la ley de Moisés. Los maestros judaizantes incluso querían someter a los creyentes de las naciones a la circuncisión y a los ritos de la ley. Esto era un fermento de división que amenazaba la unidad práctica de la Iglesia. Es instructivo para nosotros ver cómo la poderosa gracia de Dios proveyó para este peligro.

En Hechos 11, tras la dispersión de los creyentes debido a la persecución, se predicó ampliamente el Evangelio a los gentiles (v. 19-21). Se formó una iglesia en Antioquía. Se podía temer que se desarrollara una brecha entre esta primera iglesia de los gentiles y las iglesias de Judea. Pero cuando las noticias de lo que estaba pasando en Antioquía llegaron a Jerusalén, "enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía" (v. 22). Él "cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor" (v. 3). A través del ministerio de este "varón bueno", "lleno del Espíritu Santo y de fe", "una gran multitud fue agregada al Señor" y se mantuvo la comunión práctica entre las iglesias. Un poco más tarde, la ayuda material de los creyentes de Antioquía para atender las necesidades de los hermanos pobres de Judea confirmó esta comunión (v. 27-30).

Bernabé, durante su estadía en Antioquía, sintió que la iglesia que se reunía allí tenía una gran necesidad de enseñanza. Así, se dirigió a Tarso a buscar a Saulo, quien aceptó el servicio que el Señor ponía ante él y vino a Antioquía. Y "se congregaron allí todo un año con la iglesia y enseñaron a mucha gente" (v. 26). Éste es un bello ejemplo de comunión en el servicio, cuyo fruto es obvio: una gran prosperidad espiritual de esta iglesia.

En el capítulo 15, se manifestó la levadura del legalismo, propagada

por los creyentes judíos que salían de Judea. Pablo y Bernabé se opusieron firmemente. Junto con algunos hermanos de Antioquía, subieron a Jerusalén para reunirse con los apóstoles y la iglesia para así examinar el asunto. La gracia de Dios obró en los corazones, y de común acuerdo reconocieron los principios del legalismo como ajenos al cristianismo. Se mantuvo la unidad práctica entre las iglesias, en la fe y en la buena doctrina.

Ahora nos ocuparemos particularmente del servicio de Pablo y sus compañeros. Este servicio tenía necesariamente un carácter especial debido a la autoridad apostólica que Pablo había recibido. Sin embargo, encontramos en ello mucha instrucción para nosotros. Además, Pablo nos ruega que seamos sus imitadores, como él lo fue de Cristo (1 Corintios 11:1).

Pablo y Bernabé

El comienzo del capítulo 13 presenta el notable estado de la iglesia de Antioquía. Había allí varios dones de gracia en ejercicio, y un espíritu de oración, ayuno y servicio. El Espíritu Santo no se veía obstaculizado y pudo manifestarse libremente en su acción. Fue bajo estas condiciones que Pablo y Bernabé fueron "llamados" por el Señor a un nuevo servicio que cumplieron en perfecta comunión y con la diestra en señal de compañerismo de la iglesia. Este servicio era la predicación del Evangelio en una inmensa región, en la cual se formaron nuevas iglesias. Los capítulos 13 y 14 nos hablan del primer viaje de Pablo con Bernabé, en el que Dios actuó poderosamente abriendo "la puerta de la fe a los gentiles" (14:27). El viaje terminó en Antioquía, donde Pablo y Bernabé habían sido "encomendados a la gracia de Dios" para la obra que tenían que hacer. Estos siervos reunieron a la iglesia y contaron, no lo que hicieron, sino "cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos" (v. 26-28). La comunión estaba muy bien establecida.

Pero el enemigo de nuestras almas —que es al mismo tiempo enemigo de la obra del Señor— no duerme. El hecho de que hayamos tenido una hermosa comunión durante años, en circunstancias difíciles, no nos protege de las artimañas de Satanás. Después del viaje a Jerusalén, del que se informa en el capítulo 15, Pablo propuso a Bernabé "visitar a los hermanos" en todas las ciudades en las que habían proclamado la palabra del Señor durante su primer viaje misionero, "para ver cómo están" (v. 36). Es importante seguir a los nuevos convertidos, para ayudarles a crecer en la fe.

Bernabé estaba de acuerdo, pero quería llevar con ellos a Juan, su sobrino (también llamado Marcos),

quien había ido con ellos como su ayudante en el primer viaje, a pesar de que los había abandonado muy rápidamente. Por su parte, Pablo creía que Juan se había descalificado a sí mismo y no debía ir con ellos. Esta divergencia de pensamiento entre los dos siervos tuvo un triste resultado: "Y hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro" (15:39). Bernabé fue en una dirección con su sobrino; mientras que Pablo, "escogiendo a Silas, salió, encomendado por los hermanos a la gracia del Señor" (v. 40).

Esta recomendación por parte de los hermanos de Antioquía nos lleva a pensar que Pablo tenía razón en este asunto. Pero sobre todo, guardemos las solemnes enseñanzas que la Palabra de Dios nos da aquí. Los lazos familiares a menudo oscurecen nuestro discernimiento espiritual. Y si los siervos a los que Dios ha llamado a servir juntos una vez tienen una diferencia de opinión, ¿deberían ser obstinados o más bien buscar "someterse unos a otros en el temor de Dios" (Efesios 5:21)? "¿Andarán dos juntos si no estuvieren de acuerdo?" (Amós 3:3).

Pablo, Silas y Timoteo

El segundo viaje misionero del apóstol Pablo también comenzó en Antioquía. Pablo y Silas partieron hacia las iglesias que se habían formado en el primer viaje. En Derbe encontraron a Timoteo, un joven discípulo que tenía un buen testimonio entre los hermanos, y Pablo lo llevó consigo. Hasta el final de la vida del apóstol, fue su fiel "servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo" (1 Tesalonicenses 3:2), ligado a él con profundo afecto, compartiendo sus ejercicios. Pablo lo envió más de una vez, confiándole una misión particular, y lo asoció con él en el envío de varias epístolas.

Por el sorprendente cambio de "ellos" a "nosotros" en los versículos 6 al 11 del capítulo 16 de los Hechos, entendemos que Lucas, el escritor del libro, se unió a Pablo y a sus dos compañeros en el momento en que Dios los llevó a pasar por Macedonia, y por ende a Europa. En los capítulos 16 a 18, los mensajeros de Dios visitaron las ciudades de Filipos, Tesalónica, Atenas y Corinto, que pertenecen a la Grecia actual.

Pablo y Silas eran los portadores de la Palabra y sobre todo los objetos de la hostilidad del mundo (16:19-25; 17:4-5, 10). Timoteo tuvo un rol más discreto, y Lucas no fue nombrado explícitamente. En Berea, la violencia de los judíos de Tesalónica se mostró de tal manera que Pablo se fue más lejos, mientras que Silas y Timoteo permanecieron en ese lugar para alentar a los creyentes. Las

dos epístolas a los Tesalonicenses, escritas poco después, se presentan como provenientes de "Pablo, Silas y Timoteo". Silvano es otra forma del nombre Silas.

En la primera de estas epístolas, aprendemos que Pablo, muy preocupado por estos nuevos creyentes debido a las persecuciones que estaban sufriendo, e impedido de ir a verlos él mismo, envió a Timoteo desde Atenas para fortalecerlos y animarlos en su fe (1 Tesalonicenses 2:18; 3:2, 5). El regreso de Timoteo y las buenas noticias que le trajo lo llenaron de alegría y gratitud (3:6-9).

El ministerio de Pablo en Corinto también se llevó a cabo en colaboración con Silas y Timoteo. El apóstol recordó a los corintios que Jesucristo había sido predicado en medio de ellos por él "y por Silvano y Timoteo" (2 Corintios 1:19). Y cuando llegaron a sus oídos noticias inquietantes sobre los creyentes en Corinto, y les escribió su primera carta, les envió a Timoteo al mismo tiempo: "Por esto mismo os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseño en todas partes y en todas las iglesias" (1 Corintios 4:17). Y de nuevo, al final de la carta, les encomendó a su mensajero (16:10).

Timoteo también fue asociado con Pablo en el envío de la carta a los Filipenses. El apóstol estaba preso en Roma y esperaba enviar pronto a su joven colaborador para tener noticias de ellos. Su testimonio en esta ocasión fue muy notable: "Ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros" (Filipenses 2:20). El propio apóstol dijo: "sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias" (2 Corintios 11:28). Aquí aprendemos que en esta preocupación tenía un compañero que compartía completamente sus ejercicios de corazón, en quién podía confiar y también encomendar tareas. Tenían los mismos pensamientos y sentimientos en el servicio. Podían "andar… juntos" porque estaban profundamente "de acuerdo". Hacia el final de su carrera, el apóstol escribió a Timoteo, su hijo amado: "Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia, persecuciones, padecimientos..." (2 Timoteo 3:10-11). Le instó a guardar fielmente lo que se le había confiado y a permanecer en las cosas que había aprendido (1 Timoteo 6:20; 2 Timoteo 1:14; 3:14-15).

Pablo y Tito

Al igual que Timoteo, Tito fue para Pablo un verdadero hijo en la fe, así como un compañero en la obra a quien le pudo confiar misiones (Tito 1:4; 2 Corintios 8:23).

Después de haber escrito la primera carta a los Corintios —"por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas" (2 Corintios 2:4)— el apóstol estuvo muy preocupado por cómo sería aceptada esta carta. Incluso se preguntó si había hecho lo correcto al enviarla (7:8). Así, aunque pudo aprovechar una puerta abierta para el Evangelio en Troas, dijo: "no tuve reposo en mi espíritu", porque no había encontrado a Tito que le traía noticias de Corinto (2:13).

El apóstol no quería ir a esa ciudad en ese momento. La situación allí era tan crítica que si hubiera estado allí en persona, se habría visto obligado a usar su autoridad como apóstol y a utilizar la vara. Así que se abstuvo de hacerlo por indulgencia a los corintios (1:23; 13:2). Pero había enviado a Timoteo a ellos y animó a Tito a visitarlos (véase 7:14). Preocupado por los corintios, Pablo fue a Macedonia a encontrarse con Tito. Cuando llegó allí, contó: "ningún reposo tuvo nuestro cuerpo, sino que en todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro, temores" (7:5).

Pero finalmente, el apóstol tuvo el gozo de encontrar a Tito, y el gozo aún mayor de recibir buenas noticias de los corintios (v. 6-7). La carta de Pablo había producido tristeza, pero "la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse" (v. 10). Se había hecho un trabajo profundo en ellos, por lo que el corazón del apóstol rebosaba ahora de gratitud. Fue con estos sentimientos que les escribió la segunda epístola, para animarlos y completar aquello que tenía que decirles.

La forma en que habló de Tito en esta epístola muestra la comunión práctica que estos dos siervos tenían. Dios había puesto en los dos corazones "la misma solicitud" por los corintios (8:16), caminaban en "el mismo espíritu" y sobre todo "en las mismas pisadas" (12:18). Y cuando Dios respondió a su expectativa común, se gozaron juntos (7:13). Si con nuestros hermanos y hermanas, supiéramos caminar más en las pisadas del Señor Jesús, ¿no nos sería más fácil andar en el mismo camino y con el mismo espíritu?

Pablo y Apolos

Apolos era un "varón elocuente, poderoso en las Escrituras", pero "solamente conocía el bautismo de Juan" (Hechos 18:24-25). Había recibido el mensaje de Juan el Bautista, y el que Jesús había predicado durante su vida, de modo que fue capaz de enseñar "diligentemente lo concerniente al Señor". Era un creyente fiel y comprometido, pero no estaba en el verdadero terreno cristiano. Le faltaba el conocimiento de los resultados de la muerte de Cristo y su elevación a la gloria.

Probablemente se encontraba en la misma situación que los creyentes mencionados en los versículos siguientes, los cuales habían sido bautizados con el bautismo de Juan e ignoraban la venida del Espíritu Santo a la tierra (19:2-3).

En Éfeso, Apolos "comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga" (18:26). Priscila y Aquila, que se encontraban en esa ciudad, "cuando le oyeron… le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios". ¡Un servicio útil realizado por un matrimonio! Esta enseñanza dio sus frutos. Cuando Apolos se propuso ir a Acaya, la región donde se encuentra Corinto, los hermanos de Éfeso le dieron lo que hoy llamamos una carta de recomendación. "Y llegado él allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído" (v. 27).

Apolos no tenía el mismo don que Pablo, ni el mismo servicio. En su primera carta a los Corintios, el apóstol dijo: "Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa" (1 Corintios 3:6-8). Vemos que Pablo, a pesar de saber más que Apolos, de ninguna manera se puso por encima de él y apreció sin reservas el servicio de su hermano, aunque fuera diferente al suyo.

Más tarde, cuando llegaron malas noticias de Corinto, Pablo, que no quería ir allí él mismo, invitó a Apolos a que fuese, pero sin darle una orden —como podía hacer con Timoteo, por ejemplo. Escribió: "Acerca del hermano Apolos, mucho le rogué que fuese a vosotros con los hermanos, más de ninguna manera tuvo voluntad de ir por ahora; pero irá cuando tenga oportunidad" (1 Corintios 16:12). Apolos tenía un servicio diferente al de Pablo y dependía completamente del Señor. Estos dos siervos no trabajaron juntos, como Pablo y sus compañeros, sino que cada uno contribuyó a la obra de Dios, con respeto y estima mutuos.

Pablo, Epafrodito, Evodia y Síntique

Epafrodito, a quien Pablo llama su "hermano y colaborador y compañero de milicia" era un creyente de Filipos (Filipenses 2:25). Los filipenses le habían enviado para llevar ayuda material al apóstol mientras estaba preso en Roma (4:18). Por la obra del Señor, Epafrodito había expuesto su vida (2:30). Mientras estuvo en Roma, cayó enfermo y estuvo muy cerca de la muerte, pero el Señor tuvo misericordia de él y del apóstol, y lo sanó. Debido a la ansiedad de los filipenses por él, Pablo lo envió de vuelta a ellos tan pronto como pudo, con la epístola que conocemos.

Esta carta contiene dos veces una exhortación general para guardar la

unidad práctica entre los creyentes: mantenerse firmes “en un mismo espíritu”, combatiendo “unánimes”, “sintiendo lo mismo” y “teniendo un mismo amor”, “unánimes”, “sintiendo una misma cosa” (1:27; 2:2). Para ello, se necesita humildad, estima por su hermano, y la mirada fija en el Modelo (v. 3-5).

Sin embargo, la exhortación a la unidad práctica se hace particularmente apremiante en el capítulo 4, cuando el apóstol habla directamente a dos hermanas que previamente “combatieron juntamente con él en el evangelio”, y que podían contarse entre sus “colaboradores”. “Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor” (4:2). Frente a un desacuerdo entre dos hermanas, el apóstol no quedó indiferente aunque sus propias circunstancias como prisionero podrían haber sido un motivo suficiente de preocupación para él. Después de esta doble súplica a Evodia y a Síntique, puso ante el que llama su “compañero fiel” —probablemente Epafrodito— la hermosa pero difícil tarea de ayudar a estas dos hermanas (v. 3).

Notemos bien el objeto de la súplica de Pablo a Evodia y Síntique. No es simplemente tener “el mismo sentir”, es tenerlo “en el Señor”. En la medida en que tengamos el sentir del Señor, tendremos el mismo sentir entre nosotros.

Humildad, devoción, olvido de sí mismo, amor al Señor y a los suyos, dependencia del Señor y apego a la Palabra, éste es el camino que el apóstol Pablo nos traza con su ejemplo. Es en este camino donde podremos realizar la verdadera comunión con nuestros hermanos y hermanas en el servicio para el Señor si nos ha llamado a servirle juntos sacando nuestras fuerzas de la comunión con Él.

J.A. Monard

Las contrariedades

Ya sabemos cómo podemos ser exasperados poco a poco por una sucesión de contrariedades. La acumulación de pequeños motivos de irritación a menudo logra hacernos perder el dominio propio más fácilmente que una gran prueba. Sin embargo, pongamos los ojos en Jesús, así como nos lo presentan los evangelios: apremiado por las muchedumbres, solicitado por las múltiples necesidades, acosado por preguntas, contradicho, lisonjeado, insultado, pero contestando a todos con este amor que “todo lo sufre… todo lo soporta” (1 Corintios 13:7).

J. Kœchlin

La curación de Naamán

(Viene de la página 18 del n° 4/2022)

4. Andar en vida nueva (2 Reyes 5:15-19)

En este cuarto capítulo veremos cómo Naamán, después de haber sido limpiado, tenía el único deseo de servir al Dios de Israel. Ésta es una lección importante para nosotros, pues como cristianos también deseamos servir y adorar al Dios vivo y verdadero.

La nueva vida de gratitud de Naamán

¿Cuál fue la reacción de Naamán a su curación y purificación? Volvió a Eliseo a fin de mostrarle su gratitud (v. 15). A este respecto, él muestra una gran semejanza con el samaritano en Lucas 17, un extranjero que también volvió a Dios para agradecerle la curación de su lepra. Nosotros también deberíamos hacer eso siendo los redimidos del Señor. Deberíamos caer a los pies de nuestro Salvador y darle honra por nuestra salvación.

Después de nuestra conversión, deberíamos igualmente mostrar obediencia. Aquí vemos una figura de ello. No hubo huella alguna de soberbia en Naamán cuando volvió al varón de Dios, él y toda su compañía. No permaneció sentado en su carro, como hizo en su primer encuentro, sino que fue a la casa del profeta. Con humildad, le habló de sí como si fuera criado de Eliseo: “He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente (literalmente: bendición) de tu siervo” (2 Reyes 5:15).

Naamán había llegado a conocer al Dios verdadero, al Dios de Israel, el Creador del cielo y de la tierra. Reconoció que todos los demás dioses eran **ídolos**, que no tenían poder alguno para salvar (Isaías 45:20). Quería mostrar su gratitud al Dios verdadero, ofreciendo un presente a Eliseo. Lo hizo con buena intención, pero tuvo que aprender que la gracia de Dios es completamente **gratuita**. Lo mismo se puede decir de nosotros acerca de este principio. No podemos pagar nada por nuestra salvación. La salvación en Cristo es completamente gratuita. La verdadera bendición es exclusivamente de lo alto, y desciende del Padre de las luces.

Ello explica por qué el profeta rechazó la recompensa con determinación. Era un siervo del Dios

viviente y no podía aceptar nada por el milagro de la purificación de Naamán. Pese a que este último insistió en que aceptara algo, siguió negándose (2 Reyes 5:16). Este principio también vale para nosotros: "De gracia recibisteis, dad de gracia" (Mateo 10:8). Es una costumbre perniciosa pensar o suponer que la piedad y el servicio a Dios, son fuente de ganancia (1 Timoteo 6:5). No obstante, Giezi era una persona que había perdido el camino de la verdad, como podremos ver.

Vivir en la presencia de Dios

Pero el corazón de Naamán se mantenía en el lugar correcto. No importaba cómo, él quería servir al Dios de Israel. Aunque no podía **pagar** nada al profeta por su lavamiento, podía **preguntarle** algo. Pues Naamán realmente quería empezar una vida nueva. Esto es también verdad para nosotros. Después de haber sido levantados con Cristo a una nueva vida, debemos andar en buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano (Efesios 2:10).

El general del ejército sirio tenía el siguiente deseo: "Te ruego, pues, ¿de esta tierra no se dará a tu siervo la carga de un par de mulas? Porque de aquí en adelante tu siervo no sacrificará holocausto ni ofrecerá sacrificio a otros dioses, sino a Jehová" (2 Reyes 5:17).

Tenemos aquí una prueba clara de su conversión, un hermoso fruto de la nueva vida que había recibido. Cuando nos convertimos de los ídolos a Dios, a partir de ese instante nuestro deseo fue servir al Dios vivo y verdadero (véase 1 Tesalonicenses 1:9). Debemos servirle según su voluntad revelada, sobre una base que responda a su santidad —tal como Naamán deseó servirle sobre un **terreno puro**.

Probablemente que de esta carga de tierra hiciera "altar de tierra" para Dios y sacrificó sobre él sus holocaustos y sus ofrendas de paz (véase Éxodo 20:24). Los patriarcas de Israel habían procedido del mismo modo. Con frecuencia hacían altares de tierra, como vemos en el libro del Génesis. El servicio al verdadero Dios va tomando forma en nuestro culto personal, en nuestra conducta privada, pero también en nuestra adoración pública.

¿Tenemos un **altar** donde invocar el nombre del Señor? Como cristianos sí tenemos un altar, como Hebreos 13:10 nos enseña. Éste no es un altar de tierra, en el sentido pleno de la Palabra, o uno de oro o de bronce, sino un altar en su sentido simbólico. Tenemos un **lugar** donde nos encontramos con Dios, o a decir verdad, una **Persona** por la cual nos acercamos. Cristo mismo

es el verdadero Centro de nuestro culto y por Él tenemos acceso a Dios y libertad para entrar en el Lugar Santísimo (Hebreos 10:19). ¿Servimos a nuestro Dios mediante gratitud (12:28), particular y colectivamente con los demás? ¿Nos acercamos a él como sacerdotes? ¿Ofrecemos a Dios sacrificio de alabanza, es decir, fruto de nuestros labios que confiesan su nombre? (13:15). ¿Le ofrecemos sacrificios por su gran salvación? ¿Entendemos que sólo a él le debemos nuestra purificación?

Vivir sin compromisos mundanos

Aquí vemos algo más. Tal vida en presencia de Dios de cierto traerá dificultades, pues no podemos servir a Dios y al mundo a la vez. La gente que nos rodea insistirá en que hagamos un compromiso. Naamán también tuvo este problema. Al instante se dio cuenta, y se lo mencionó con toda sinceridad a Eliseo (2 Reyes 5:18). Su señor, el rey de Siria, se quedaría probablemente sirviendo a los ídolos. ¿Debería él entrar en el templo del ídolo como el siervo sobre cuyo brazo el rey se apoyaba? (véase 7:2). ¿Lo perdonaría Dios si, como parte de sus obligaciones, fuera a inclinarse ante Rimón[1]?

No recibió una contestación rebuscada. El profeta simplemente dijo: "Ve en paz" (2 Reyes 5:19). Ello no quiere decir que Eliseo aprobara tal ambigüedad. Era imposible servir a Dios y a Rimón, aunque éste sólo resultara de la tradición. Dios no quiere que un creyente se haga partícipe con los ídolos (1 Corintios 10:14-22). Pero Él resolvería esta dificultad a Su tiempo y a su manera. Eliseo estaba convencido de ello, e incluso podía tranquilizar la conciencia de Naamán.

Naamán podía seguir **gozoso** su camino, como se dice tan maravillosamente del eunuco etíope (Hechos 8:39). Nadie podía quitarle la paz que había hallado. Por eso fue también una respuesta muy acertada. Las personas que acaban de convertirse no deben pugnar con una larga lista de preceptos. Deben aprender a andar por fe. Dios mismo guiará a los suyos por sendas de justicia por amor de su nombre, y ayudará a resolver sus problemas.

H. Bouter (Continuará)

1 Rimón era el dios de los sirios, y el dios asirio del trueno. Era el mismo que Hadad, de quien se deriva el nombre de Ben-adad. A veces, ambos nombres aparecen juntos en el orden Hadad-Rimón (Zacarías 12:11).

Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible.

Marcos 9:23

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 3:16

El amor… no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

1 Corintios 13:4-7

Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor.

Filipenses 4:2

Ve en paz.

2 Reyes 5:19

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984 -85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 $ EE. UU. 10 EUR 10 CHF
Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.
Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Si utiliza este medio, tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch .
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de $ EE. UU. o de Euros en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: http://www.creced.ch **E-mail**: revista@creced.ch

© Copyright www.creced.ch